

Geopolítica y globalización militarizada

Heriberto Cairo Carou (2018) *Las guerras ‘virtuosas’ de George W. Bush*. Madrid: Trama editorial, 142 pp. ISBN: 978-84-948465-2-6.

Nos encontramos ante una obra que viene a reflejar gran parte de los frutos alcanzados por el autor, tras su recorrido intelectual a lo largo de los últimos quince años en torno a la evolución de la geopolítica y las guerras. Nos los presenta ahora en esta edición “reescritos y ‘suturados’ con nuevas escrituras” (p. 11). En efecto, desde que como estudiante se interesó por el estudio de la guerra, ésta no ha dejado de ser objeto principal de preocupación investigadora de Heriberto Cairo, lo que le ha convertido además en pionero en el ámbito académico español en el esfuerzo por impulsar una subárea de geopolítica crítica dentro de la ciencia política.

Los objetivos que se propone en este libro quedan nítidamente expuestos en la Introducción. En ella, después de ofrecer una definición más precisa de “guerra”, propone apoyarse principalmente en las aportaciones de Henri Lefebvre, Michel Foucault y Anthony Giddens para llegar a “comprender más claramente, desde una perspectiva política y espacial [...] las causas y efectos de la violencia bélica, la constelación belicista” (p. 17). Fórmula esta última que entiende útil para “alejar el fantasma de la causalidad única, típica de la Geopolítica tradicional” (p. 16), ya que además puede estallar en la esfera económica, política e incluso cultural. Para llevar a cabo esa tarea “la noción de discurso geopolítico es fundamental, de hecho, será un hilo conductor a lo largo de este trabajo”, entendiéndolo como “la forma en que los intelectuales de Estado [...] espacializan la política mundial” (p. 17).

Partiendo de esos presupuestos, el libro se estructura en dos partes: la primera, centrada en “Política, territorio y guerra”, y la segunda, en torno a “Las transformaciones de la guerra en el orden geopolítico de la globalización militarizada”. En la primera, de contenido más teórico, presenta un desarrollo argumental de la tesis de que la actividad política está territorializada y, por tanto, está constituida espacialmente, para pasar luego a recordar la conformación de la geopolítica como subdisciplina a partir de Mackinder, su desarrollo crítico por parte de Peter J. Taylor —uno de los referentes fundamentales junto con John Agnew o David Slater— y la relación estrecha que considera debe establecerse entre discursos, representaciones y prácticas geopolíticas. Todo esto le permite distinguir la sucesión de órdenes geopolíticos a través de la historia hasta llegar a la “globalización militarizada” actual.

Dentro de ese marco general, el autor aborda un tema clave como es el de la relación entre territorio y soberanía, puesto que es la que se ha encontrado siempre en el centro de la competencia y los conflictos bélicos entre Estados. Con mayor razón en unos tiempos en los que, como subraya citando a Zacher, la norma de “integridad territorial” es “la única que permanece tras la transformación de otros elementos de soberanía” (p. 64). Constatación que no es difícil compartir ante la creciente erosión de la soberanía externa y de la autonomía que conocen la mayoría de los Estados frente a otros poderes y grandes potencias, lo cual les lleva a sacralizar la “integridad territorial” interna, pese a los conflictos que pueda generar, algunos de alto coste, incluso bélico.

Quizás en relación con esto último, cabría echar en falta que no destaque suficientemente el papel que en el discurso geopolítico estatal juega la asociación de esa “integridad territorial” con la idea de nación como instrumento de cohesión y legitimación entre la ciudadanía del propio Estado, no sólo frente al “enemigo externo” sino también muchas veces en detrimento de la propia diversidad nacional y étnica interna.

En la segunda parte, se asume la definición de guerra “virtuosa” como el nuevo conflicto híbrido que se desarrolla en el marco de la Posguerra Fría, según propone Der Derian. Una definición estrechamente relacionada con la Revolución en Asuntos Militares (RAM) que se ha producido y que implica algo más que un simple cambio tecnológico, ya que, citando a Latham, “aparece como una transición de un modo social de guerra, la guerra total industrializada, a otro, la guerra post-heroica o deporte-espectáculo” (p. 74).

Partiendo de esa caracterización, el autor analiza los cambios en los discursos geopolíticos que han tratado de justificar ese nuevo modo de guerra. Tres parecen ser los principales, en su opinión: el de la obligación moral respecto al Otro (guerra humanitaria), el de la democratización por necesidades de seguridad (guerra transformadora) y el de la misión del país elegido (guerra santa). Cairo somete a todos ellos a un análisis crítico que incluye, obviamente, cuáles han sido las consecuencias de todas esas guerras, alejadas de las heterotopías de compensación prometidas.

Tiene especial interés la referencia que hace a la genealogía del primero, el de la guerra humanitaria, para lo cual se remonta al debate que en su tiempo suscitó Bartolomé de Las Casas y a las interpretaciones contradictorias que ha provocado hasta nuestros días, poniendo como ejemplos la de Connolly, por un lado, y la de Toni Negri y Michael Hardt, por otro. Los argumentos de los neoconservadores y la derecha cristiana, relacionados con la guerra transformadora y la guerra santa respectivamente, también son estudiados con atención, siendo sugerente y muy de actualidad el análisis de los distintos tipos de fusión entre religión y geopolítica que encuentra en Dijkink.

El capítulo 5 trata cuestiones tan controvertidas como son las transformaciones que han ido conociendo la geopolítica y la biopolítica de la soberanía que, a su vez, llevan a volver a discutir este último concepto y sus distintos significados. Tras un repaso crítico de distintas tesis sobre el nuevo orden geopolítico mundial, entre ellas las de Negri y Hardt en *Imperio*, aborda la “politización de la vida” en diálogo con Shapiro y Agamben, para luego centrarse en la “*suzerainty*” o “soberanía restringida”, dentro de la cual se encontrarían los nuevos protectorados. En ese nuevo

contexto global estaríamos pasando, con Shapiro, de la biopolítica de la población de la que hablaba Foucault, a una biopolítica de la humanidad, reflejada en el tránsito a una idea de “seguridad humana” que afectaría ya a un “vecindario global”.

Entramos así en el “Campo de Marte” estadounidense posmoderno como objeto específico de interés en la era de la posguerra fría. Cairo sostiene que esa gran potencia sería en realidad “el último Estado-nación”, ya que, coincidiendo con Mary Kaldor, “es el único Estado, en un mundo globalizado, que todavía tiene la capacidad de actuar unilateralmente” (p. 119). Tesis que sigue siendo válida si nos referimos a su condición de superpotencia militar única pero que, como estamos viendo, se ve cuestionada por los costes que está teniendo para ese Estado —bajo los efectos de la Gran Recesión iniciada en 2008 y la crisis de la “globalización feliz”— esa aspiración a ejercer de gendarme global. En cierto modo, la “crisis de sobreextensión geoestratégica”, a la que se refería Paul Kennedy en su estudio del auge y decadencia de los Imperios, se estaría verificando ahora en relación con EE UU, en particular si nos referimos a determinadas regiones del mundo como Oriente Medio y/o a la competencia abierta en la zona euroasiática y el Pacífico por parte de Rusia y China.

En las Conclusiones hay un aspecto que me parece muy relevante y es el que viene a recordarnos la función de espectáculo que tienen las guerras “virtuosas” para consumo ciudadano, muy necesaria para los Estados, tanto en el ámbito interno como en el interestatal, gracias a las facilidades que ofrecen las nuevas Tecnologías de la Información y las Comunicaciones. Así, “el Campo de Marte moderno comienza en los cuarteles en los que los ciudadanos de los Estados-nación cumplen el servicio militar obligatorio, pero en la actualidad el Campo de Marte postmoderno surge en la cobertura mediática de las guerras” (p. 128).

No cabe duda tampoco que en ese marco de posGuerra Fría la amenaza de ataques terroristas aparece también enormemente funcional a la búsqueda de cohesión interna de la ciudadanía en torno al Estado, hasta el punto de llegar a convertir en normal una situación de excepción, pese al consiguiente recorte de libertades y derechos —y remilitarización global— que provoca en nombre de la “seguridad”. El terrorismo desempeñaría así en este nuevo orden geopolítico, como sostiene Cairo, “un papel similar al que la Unión Soviética desempeñaba en el anterior: el enemigo exterior frente al que se identificaban las comunidades políticas libres de los países occidentales” (p. 130).

Con todo, las incertidumbres que se abren en el plano geoeconómico, en el geopolítico y en el civilizatorio en general obligarían a poner más el acento en las amenazas reales al “vecindario global”, como son el cambio climático, el aumento de las desigualdades sociales y de todo tipo, o la tendencia a la desdemocratización creciente de nuestras sociedades. Empero, no parece que vayan por ese camino las resoluciones que en las grandes “cumbres” de la denominada eufemísticamente “comunidad internacional” se están adoptando.

Obviamente, estas y otras cuestiones —como las implicaciones de lo que pueden ser la “era Trump” y el ascenso de China— no eran objeto de este conjunto de trabajos, pero sin ellos no podremos llegar a entender el cambio de época que estamos viviendo en la actualidad. Esperemos que el autor nos vaya ayudando con nuevas contribuciones a comprender los cambios que se están produciendo en la

geopolítica global, pero para ello es necesario no olvidar por qué hemos llegado hasta aquí. Y para esa tarea este libro es sin duda imprescindible.

Jaime Pastor Verdú
Departamento de Ciencia Política y de la Administración
Facultad de Ciencias Políticas y Sociología,
Universidad Nacional de Educación a Distancia
Email: jpastor@poli.uned.es